

Homilía - MIERCOLES DE CENIZAS C

“¡Misericordia, Señor, hemos pecado!” Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo Jesús: De hecho, todos nosotros somos pecadores y por tanto necesitamos la gracia y el perdón de Dios. La Cuaresma es el tiempo para volvernos al Señor de todo corazón. Es el momento privilegiado de la gracia divina; como dice San Pablo en la segunda lectura (2Cor 5:20 - 6:2): “Porque el Señor dice: *En el tiempo favorable te escuché y en el día de la salvación te socorrí.* Pues bien, ahora es el tiempo favorable; ahora es el día de salvación.”

Dios dice a través del Profeta Joel en la primera lectura (Joel 2:12-18): “¡Toquen la trompeta en Sión, promulguen un ayuno, convoquen la asamblea; reúnan al pueblo, santifiquen la reunión, junten a los ancianos, convoquen a los niños, aun a los niños de pecho...” Esto indica que Dios quiere que sea un arrepentimiento de toda la comunidad, que sea una transformación y curación comunitaria. Cada uno debe estar incluido en todas las actividades de la Cuaresma: la imposición de las cenizas, el retiro de Cuaresma, el servicio de arrepentimiento y reconciliación, las estaciones del viacrucis todos los viernes, el abstenerse de comer carne y el compromiso de un mejor servicio de tiempo, talento y tesoro. Sobre todo, todos deben tomar una participación activa en las ceremonias de la Semana Santa y la Misa de Pascua.

Dios nos invita al arrepentimiento y dejar atrás todo pecado "con ayunos, con lagrimas, y llanto" El quiere un arrepentimiento interior, no un espectáculo externo. En efecto Dios dice: "Enluten su corazón, no sus vestidos." En el pasaje evangélico (Mt 6:1-6, 16-18), Jesús nos enseña cómo lograr, con nuestra observancia cuaresmal, una devoción fructífera y aceptable a Dios mediante obras de caridad, oración y ayuno. Nos está diciendo que, individualmente, debemos evitar toda forma de hipocresía. No hay espacio para buscar la vana gloria. No debemos proclamar cualquier acto bueno que hacemos para recibir los aplausos de la gente.

Debemos arrepentirnos de nuestros pecados pasados y presentes, sin buscar el aplauso de nadie. Los buenos actos que hacemos ahora son tan sólo deudas pasadas de nuestros pecados que ni siquiera serán pagados. Es por eso, la Escritura dice que a los ojos de Dios, " Todos nosotros somos como el inmundo, Y como trapo de inmundicia todas nuestras obras justas" (Is 64:6;). Aquella persona que tiene pagos atrasados en su tarjeta de crédito no espera ningún reconocimiento por tratar de pagar una porción insignificante de la deuda. ¡Verdad que no! Así también la deuda de nuestros pecados es tan grande que nosotros solos no podemos pagarla. Podríamos ayunar, rezar y dar limosna toda la vida y aún así la deuda seguiría siendo demasiado grande para ser pagada.

De manera que, mis hermanos y hermanas, no rehuyamos los pequeños sacrificios a los que estamos llamados durante la Cuaresma. Obtener la misericordia y el perdón de Dios en Cristo Jesús es nuestra última esperanza. “¡Muéstranos, Señor, tu misericordia, danos la salvación!”